

él, y viceversa. Jacinta decía que en su vida había hecho una comida que más le supiese.

—Este sí que está de buen año... ¡Pobre ángel! El infeliz estaría ayer con sus compañeros posado en el alambre, tan contento, tan guapote, viendo pasar el tren y diciendo «allá van esos brutos»... hasta que vino el más bruto de todos, un cazador, y... ¡prum! Todo para que nosotros nos regaláramos hoy. Y á fe que están sabrosos. Me ha gustado este almuerzo.

—Y á mí. Ahora veamos estos pasteles. El ácido fórmico es bueno para la digestión.

—¿El ácido qué...?

—Las hormigas, chica. No repares, y adentro. Mételes el diente. Están riquísimos.

Restauradas las fuerzas, la alegría se desbordaba de aquellas almas. «Ya no me marean los algarrobos—decía Jacinta;—bailad, bailad. ¡Mira qué casas, qué emparrados! Y aquello, ¿qué es, naranjos? ¡Cómo huelen!»

Iban solos. ¡Qué dicha, siempre solitos! Juan se sentó junto á la ventana y Jacinta sobre sus rodillas. Él le rodeaba la cintura con el brazo. Á ratos charlaban, haciendo ella observaciones cándidas sobre todo lo que veía. Pero después transcurrían algunos ratos sin que ninguno dijera una palabra. De repente volvióse Jacinta hacia su marido, y echándole un brazo alrededor del cuello, le soltó ésta:

—No me has dicho cómo se llamaba.

—¿Quién?—preguntó Santa Cruz algo atontado.

—Tu adorado tormento, tu... Cómo se llamaba ó cómo se llama... porque supongo que vivirá.

—No lo sé... ni me importa. Vaya con lo que sales ahora.

—Es que hace un rato me dió por pensar en ella. Se me ocurrió de repente. ¿Sabes cómo? Vi unos refajos encarnados puestos á secar en un arbusto. Tú dirás que qué tiene que ver... Es claro, nada; pero vete á saber cómo se enlazan en el pensamiento las ideas. Esta mañana me acordé de lo mismo cuando pasaban rechinando las carretillas cargadas de equipajes. Anoche me acordé, ¿cuándo creerás? cuando apagaste la luz. Me pareció que la llama era una mujer que decía ¡ay! y se caía muerta. Ya sé que son tonterías; pero en el cerebro pasan cosas muy particulares. ¿Con que, *nenito*, desembuchas eso, sí ó no?

—¿Qué?

—El nombre.

—Déjame á mí de nombres.

¡Qué poco amable es este señor!—dijo abrazándole.—Bueno, guarda el secretito, hombre, y dispensa. Ten cuidado no te roben esa preciosidad. Eso, eso es, ó somos reservados ó no. Yo me quedo lo mismo que estaba. No creas que tengo gran interés en saberlo. ¿Qué me meto yo en el bolsillo con saber un nombre más?

—Es un nombre muy feo... No me hagas pensar en lo que quiero olvidar—replicó Santa Cruz con hastío. — No te digo una palabra, ¿sabes?

—Gracias, amado pueblo... Pues mira, si te figuras que voy á tener celos, te llevas chasco. Eso quisieras tú para darte tono. No los tengo, ni hay para qué.

No sé qué vieron que les distrajo de aquella conversación. El paisaje era cada vez más bonito, y el campo, convirtiéndose en jardín, revelaba los refinamientos de la civilización agrícola. Todo era allí nobleza, ó sea naranjos, los árboles de hoja perenne y brillante, de flores olorosas y de frutas de oro; árbol ilustre que ha sido una de las más socorridas muletillas de los poetas, y que en la región valenciana está por los suelos, quiero decir, que hay tantos, que hasta los poetas los miran ya como si fueran cardos borriqueros. Las tierras labradas encantan la vista con la corrección atildada de sus líneas. Las hortalizas bordan los surcos y dibujan el suelo, que en algunas partes semeja un cañamazo. Los variados verdes, más parece que los ha hecho el arte con una brocha que no la Naturaleza con su labor invisible. Y por todas partes flores, arbustos tiernos; en las estaciones, acacias gigantescas que extienden sus ramas sobre la vía; los hombres con zaragüelles y pañuelo liado á la cabeza, resabio morisco;

las mujeres frescas y graciosas, vestidas de indiana y peinadas con rosquillas de pelo sobre las sienes.

«¿Y cuál es—preguntó Jacinta deseosa de instruirse—el árbol de las chufas?

Juan no supo contestar, porque tampoco él sabía de dónde diablos salían las chufas. Valencia se aproximaba ya. En el vagón entraron algunas personas; pero los esposos no dejaron la ventanilla. Á ratos se veía el mar, tan azul, tan azul, que la retina padecía el engaño de ver verde el cielo.

¡Sagunto!

¡Ay, qué nombre! Cuando se le ve escrito con las letras nuevas y acaso torcidas de una estación, parece broma. No es de todos los días ver envueltas en el humo de las locomotoras las inscripciones más retumbantes de la historia humana. Juanito, que aprovechaba las ocasiones de ser sabio sentimental, se pasmó más de lo conveniente de la aparición de aquel letrero.

—Y qué, ¿qué es?—preguntó Jacinta picada de la novelería.—¡Ah! Sagunto, ya... un nombre. De fijo que hubo aquí alguna marimorena. Pero habrá llovido mucho desde entonces. No te entusiasmes, hijo, y tómalo con calma. ¿Á qué viene tanto ¡ah! ¡oh!...? Todo porque aquellos brutos...

—¿Chica, qué estás ahí diciendo?

—Sí, hijo de mi alma; porque aquellos bru-

tos... no me vuelvo atrás... hicieron una barbaridad. Bueno, llámalos héroes si quieres, y cierra esa boca, que te me estás pareciendo al Pamposcas de Burgos.

Vuelta á contemplar el jardín agrícola en cuyo verdor se destacaban las cabañas de paja con una cruz en el pico del techo. En los bardales vió Jacinta unas plantas muy raras, de vástagos escuetos y pencas enormes, que llamaron su atención. «Mira, mira, qué esperpento de árbol. ¿Será el de los higos chumbos?»

—No, hija mía, los higos chumbos los da esa otra planta baja, compuesta de unas palas erizadas de púas. Aquello otro es la pita, que da por fruto las sogas.

—Y el esparto, ¿dónde está?

—Hasta eso no llega mi sabiduría. Por ahí debe de andar.

El tren describía amplísima curva. Los viajeros distinguieron una gran masa de edificios cuya blancura descollaba entre el verde. Los grupos de árboles la tapaban á trechos; después la descubrían. «Ya estamos en Valencia, chiquilla; mirala allí.»

Valencia era la ciudad mejor situada del mundo, según dijo un agudo observador, por estar construída en medio del campo. Poco después, los esposos, empaquetados dentro de una tartana, penetraban por las calles angostas y torcidas de la ciudad campestre. «¡Pero qué país,

hijo!... Si esto parece un biombo... ¿Adónde nos lleva este hombre?» — «A la fonda, sin duda.»

Á media noche, cuando se retiraron fatigados á su domicilio después de haber paseado por las calles y oído media *Africana* en el teatro de la Princesa, Jacinta sintió que de repente, sin saber cómo ni por qué, la picaba en el cerebro el gusanillo aquel, la idea perseguidora, la penita disfrazada de curiosidad. Juan se resistió á satisfacerla, alegando razones diversas. «No me marees, hija... Ya te he dicho que quiero olvidar eso...»

—Pero el nombre, *nene*, el nombre nada más. ¿Qué te cuesta abrir la boca un segundo?... No creas que te voy á reñir, tontín.

Hablando así se quitaba el sombrero, luego el abrigo, después el cuerpo, la falda, el *polisón*, y lo iba poniendo todo con orden en las butacas y sillas del aposento. Estaba rendida y no veía las santas horas de dar con sus fatigadas carnes en la cama. El esposo también iba soltando ropa. Aparentaba buen humor; pero la curiosidad de Jacinta le desagradaba ya. Por fin, no pudiendo resistir á las monerías de su mujer, no tuvo más remedio que decidirse. Ya estaban las cabezas sobre las almohadas, cuando Santa Cruz echó perezoso de su boca estas palabras:

—Pues te lo voy á decir; pero con la condición de que en tu vida más... en tu vida más

me has de mentar ese nombre, ni has de hacer la menor alusión... ¿entiendes? Pues se llama...

—Gracias á Dios, hombre.

Le costaba mucho trabajo decirlo. La otra le ayudaba.

—Se llama *For...*

—*For... narina.*

—No. *For... tuna...*

—*Fortunata.*

—Eso... Vamos, ya estás satisfecha.

—Nada más. Te has portado, has sido amable. Así es como te quiero yo.

Pasado un ratito, dormía como un ángel... dormían los dos.

V

«¿Sabes lo que se me ha ocurrido?—dijo Santa Cruz á su mujer dos días después en la estación de Valencia.—Me parece una tontería que vayamos tan pronto á Madrid. Nos plantaremos en Sevilla. Pondré un parte á casa.

Al pronto Jacinta se entristeció. Ya tenía deseos de ver á sus hermanas, á su papá y á sus tíos y suegros. Pero la idea de prolongar un poco aquel viaje tan divertido, conquistó en breve su alma. ¡Andar así, llevados en las alas del tren, que algo tiene siempre para las almas jóvenes, de dragón de fábula, era tan dulce, tan entretenido...!

Vieron la opulenta ribera del Júcar; pasaron por Alcira, cubierta de azahares; por Játiba la risueña; después vino Montesa, de feudal aspecto, y luego Almansa, en territorio frío y desnudo. Los campos de viñas eran cada vez más raros, hasta que la severidad del suelo les dijo que estaban en la adusta Castilla. El tren se lanzaba por aquel campo triste como inmenso lebre, olfateando la vía y ladrando á la noche tarda, que iba cayendo lentamente sobre el llano sin fin. Igualdad, palos de telégrafo, cabras, charcos, matorrales, tierra gris, inmensidad horizontal sobre la cual parecen haber corrido los mares poco ha; el humo de la máquina alejándose en bocanadas majestuosas hacia el horizonte; las guardesas con la bandera verde señalando el paso libre, que parece el camino de lo infinito; bandadas de aves que vuelan bajo, y las estaciones haciéndose esperar mucho, como si tuvieran algo bueno... Jacinta se durmió y Juanito también. Aquella dichosa mancha era un narcótico. Por fin bajaron en Alcázar de San Juan, á media noche, muertos de frío. Allí esperaron el tren de Andalucía, tomaron chocolate, y vuelta á rodar por otra zona manchega, la más ilustre de todas, la Argamasillesca.

Pasaron los esposos una mala noche por aquella estepa, matando el frío muy juntitos bajo los pliegues de una sola manta, y por fin llegaron á Córdoba, donde descansaron y vieron la

Mezquita, no bastándoles un día para ambas cosas. Ardían en deseos de verse en la sin par Sevilla... Otra vez al tren. Serían las nueve de la noche cuando se encontraron dentro de la romántica y alegre ciudad, en medio de aquel idioma ceceo y de los donaires y chuseadas de la gente andaluza. Pasaron allí creo que ocho ó diez días, encantados, sin aburrirse ni un solo momento, viendo los portentos de la arquitectura y de la Naturaleza, participando del buen humor que allí se respira con el aire y se recoge de las miradas de los transeuntes. Una de las cosas que más cautivaban á Jacinta era aquella costumbre de los patios amueblados y ajardinados, en los cuales se ve que las ramas de una azalea bajan hasta acariciar las teclas del piano, como si quisieran tocar. También le gustaba á Jacinta ver que todas las mujeres, aun las viejas que piden limosna, llevan su flor en la cabeza. La que no tiene flor se pone entre los pelos cualquier hoja verde, y va por aquellas calles vendiendo vidas.

Una tarde fueron á comer á un bodegón de Triana, porque decía Juanito que era preciso conocer todo de cerca y codearse con aquel originalísimo pueblo, artista nato, poeta que parece pintar lo que habla, y que recibió del Cielo el don de una filosofía muy socorrida, que consiste en tomar todas las cosas por el lado humorístico, y así la vida, una vez convertida en

broma se hace más llevadera. Bebió el Delfín muchas cañas, porque opinaba con gran sentido práctico que para asimilarse á Andalucía y sentirla bien en sí, es preciso introducir en el cuerpo toda la manzanilla que éste pueda contener. Jacinta no hacía más que probarla y la encontraba áspera y acidula, sin conseguir apreciar el olorcillo á *pero de Ronda* que dicen tiene aquella bebida.

Retiráronse de muy buen humor á la fonda, y al llegar á ella vieron que en el comedor había mucha gente. Era un banquete de boda. Los novios eran españoles anglicanizados de Gibraltar. Los esposos Santa Cruz fueron invitados á tomar algo, pero lo rehusaron; únicamente bebieron un poco de champagne, porque no dijieran. Después un inglés muy pesado, que churraba el castellano con la boca fruncida y los dientes apretados, como si quisiera mordiscar las palabras, se empeñó en que habían de tomar unas cañas. «De ninguna manera... muchas gracias.»—«¡Ooooh! sí...» El comedor era un hervidero de alegría y de chistes, entre los cuales empezaban á sonar algunos de gusto dudoso. No tuvo Santa Cruz más remedio que ceder á la exigencia de aquel maldito inglés, y tomando de sus manos la copa, decía á media voz: «Valiente *curdela* tienes tú.» Pero el inglés no entendía... Jacinta vió que aquello se iba poniendo malo. El inglés llamaba al orden, dicién-

DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA
REYES
MONTERREY, MEXICO

do á los más jóvenes con su boquita cerrada que tuvieran *fundamenta*. Nadie necesitaba tanto como él que se le llamase al orden, y sobre todo, lo que más falta le hacía era que le recortaran la bebida, porque aquello nó era ya boca, era un embudo. Jacinta presintió la jarana, y tomando una resolución súbita, tiró del brazo á su marido y se lo llevó, á punto que éste empezaba á tomarle el pelo al inglés.

«Me alegro—dijo el Delfín, cuando su mujer le conducía por las escaleras arriba;—me alegro de que me hubieras sacado de allí, porque no puedes figurarte lo que me iba cargando el tal inglés, con sus dientes blancos y apretados, con su amabilidad y su zapatito bajo... Si sigo un minuto más, le pego un par de trompadas... Ya se me subía la sangre á la cabeza...»

Entraron en su cuarto, y sentados uno frente á otro, pasaron un rato recordando los graciosos tipos que en el comedor estaban y los equívocos que allí se decían. Juan hablaba poco y parecía algo inquieto. De repente le entraron ganas de volver abajo. Su mujer se oponía. Disputaron. Por fin Jacinta tuvo que echar la llave á la puerta.

«Tienes razón—dijo Santa Cruz dejándose caer á plomo sobre la silla.—Más vale que me quede aquí... porque si bajo, y vuelve el *mister* con sus finuras, le pego... Yo también sé *boxear*.»

Hizo el ademán del *box*, y ya entonces su mujer le miró muy seria.

—Debes acostarte—le dijo.

—Es temprano... Nos estaremos aquí de tertulia... sí... ¿tú no tienes sueño? Yo tampoco. Acompañaré á mi cara mitad. Ese es mi deber y sabré cumplirlo, sí señora. Porque yo soy esclavo del deber...

Jacinta se había quitado el sombrero y el abrigo. Juanito la sentó sobre sus rodillas, y empezó á saltarla como á los niños cuando se les hace el caballo. Y dale con la tarabilla de que él era esclavo de su deber, y de que lo primero de todo es la familia. El trote largo en que la llevaba su marido empezó á molestar á Jacinta, que se desmontó y se fué á la silla en que antes estaba. Él entonces se puso á dar paseos rápidos por la habitación.

—Mi mayor gusto es estar al lado de mi adorada *nena*—decía sin mirarla.—*Te amo con delirio*, como se dice en los dramas. Bendita sea mi madrecita... que me casó contigo...

Hincósele delante y le besó las manos. Jacinta le observaba con atención recelosa, sin pestañear, queriendo reirse y sin poderlo conseguir. Santa Cruz tomó un tono muy plañidero para decirle:

—¡Y yo tan estúpido que no conocí tu mérito! ¡yo que te estaba mirando todos los días, como mira el burro la flor sin atreverse á comérsela!

¡Y me comí el cardo!... ¡Oh! perdón, perdón... Estaba ciego, encanallado; era yo muy *cañl*... esto quiere decir *gitano*, vida mía. El vicio y la grosería habían puesto una costra en mi corazón... llamémosle *garlochín*... Jacintilla, no me mires así. Esto que te digo es la pura verdad. Si te miento, que me quede muerto ahora mismo. Todas mis faltas las veo claras esta noche. No sé lo que me pasa; estoy como inspirado... tengo más espíritu, créetelo... te quiero más, cielito, paloma, y te voy á hacer un altar de oro para adorarte.

—¡Jesús, qué fino está el tiempo!—exclamó la esposa que ya no podía ocultar su disgusto. —¿Por qué no te acuestas?

—Acostarme yo, yo... cuando tengo que contarte tantas cosas, *chavala!*—añadió Santa Cruz, que cansado ya de estar de rodillas había cogido una banqueta para sentarse á los pies de su mujer.—Perdona que no haya sido franco contigo. Me daba vergüenza de revelarte ciertas cosas. Pero ya no puedo más: mi conciencia se vuelca como una urna llena que se cae... así, así, y afuera todo... Tú me absolverás cuando me oigas, ¿verdad? Di que sí... Hay momentos en la vida de los pueblos, quiero decir, en la vida del hombre, momentos terribles, alma mía. Tú lo comprendes... Yo no te conocía entonces. Estaba como la humanidad antes de la venida del Mesías, á obscuras, apagado el gas... sí. No me

condenes, no, no; no me condenes sin oirme...

Jacinta no sabía qué hacer. Uno y otro se estuvieron mirando breve rato, los ojos clavados en los ojos, hasta que Juan dijo en voz queda:

—¡Si la hubieras visto...! Fortunata tenía los ojos como dos estrellas, muy semejantes á los de la Virgen del Carmen que antes estaba en Santo Tomás y ahora en San Ginés. Pregúntaselo á Estupiñá; pregúntaselo si lo dudas... á ver... Fortunata tenía las manos bastas de tanto trabajar; el corazón lleno de inocencia... Fortunata no tenía educación; aquella boca tan linda se comía muchas letras y otras las equivocaba. Decía *indiligencias*, *golber*, *asín*. Pasó su niñez cuidando el *ganado*. ¿Sabes lo que es el ganado? Las gallinas. Después criaba los palomos á sus pechos. Como los palomos no comen sino del pico de la madre, Fortunata se los metía en el seno, ¡y si vieras tú qué seno tan bonito!; sólo que tenía muchos rasguños que le hacían los palomos con los garfios de sus patas. Después cogía en la boca un buche de agua y algunos granos de algarroba, y metiéndose el pico en la boca... les daba de comer... Era la paloma madre de los tiernos pichoncitos... Luego les daba su calor natural... les arrullaba, les hacía *rorrooó*... les cantaba canciones de nodriza... ¡Pobre Fortunata, pobre *Pitusa!*... ¿Te he dicho que la llamaban la *Pitusa?* ¿No?... pues te lo digo ahora. Que conste... Yo la perdí... sí... que conste también;

es preciso que cada cual cargue con su responsabilidad... Yo la perdí, la engañé, le dije mil mentiras, le hice creer que me iba á casar con ella. ¿Has visto?... ¡Si seré pillín!... Déjame que me ría un poco... Si, todas las papas que yo le decía, se las tragaba... El pueblo es muy inocente, es tonto de remate; todo se lo cree con tal que se lo digan con palabras finas... La engañé, le *garfiñé* su honor, y tan tranquilo. Los hombres, digo, los señoritos, somos unos miserables; creemos que el honor de las hijas del pueblo es cosa de juego... No me pongas esa cara, vida mía. Comprendo que tienes razón; soy un infame, merezco tu desprecio; porque... lo que tú dirás, una mujer es siempre una criatura de Dios, ¿verdad?... y yo, después que me divertí con ella, la dejé abandonada en medio de las calles... justo... su destino es el destino de las perras... Dí que sí.

VI

Jacinta estaba alarmadísima, medio muerta de miedo y de dolor. No sabía qué hacer ni qué decir. «Hijo mío—exclamó limpiando el sudor de la frente de su marido,—¿cómo estás...! Cálmate, por María Santísima. Estás delirando.»

—No, no; esto no es delirio, es arrepentimiento—añadió Santa Cruz, quien al moverse,

por poco se cae, y tuvo que apoyar las manos en el suelo.—¿Crees acaso que el vino...? ¡Oh! no, hija mía, no me hagas ese disfavor. Es que la conciencia se me ha subido aquí, al cuello, á la cabeza, y me pesa tanto, que no puedo guardar bien el equilibrio... Déjame que me prosterne ante ti y ponga á tus pies todas mis culpas para que las perdones... No te muevas, no me dejes solo, por Dios... ¿Adónde vas? ¿No ves mi aficción?

—Lo que veo... ¡Oh! Dios mío, Juan, por amor de Dios, sosiégate; no digas más disparates. Acuéstate. Yo te haré una taza de te.

—¡Y para qué quiero yo te, desventurada!... —dijo el otro en un tono tan descompuesto que á Jacinta se le saltaron las lágrimas.—¡Te...! lo que quiero es tu perdón, el perdón de la humanidad, á quien he ofendido, á quien he ultrajado y pisoteado. Dí que sí... Hay momentos en la vida de los pueblos, digo, en la vida de los hombres, en que uno debiera tener mil bocas para con todas ellas á la vez... expresar la, la, la... Sería uno un coro... eso, eso... Porque yo he sido malo, no me digas que no, no me lo digas...

Jacinta advirtió que su marido sollozaba. ¿Pero de veras sollozaba ó era broma?

—Juan, ¡por Dios! me estás atormentando.

—No, niña de mi alma—replicó él sentado en el suelo sin descubrir el rostro, que tenía en-

tre las manos.—¿No ves que lloro? Compadéce-
te de este infeliz... He sido un perverso... Porque
la *Pitusa* me idolatraba... Seamos francos.

Alzó entonces la cabeza, y tomó un aire más
tranquilo.

—Seamos francos; la verdad ante todo... me
idolatraba. Creía que yo no era como los demás,
que era la caballerosidad, la hidalguía, la decen-
cia, la nobleza en persona, el acabóse de los
hombres... ¡Nobleza! ¡qué sarcasmo! Nobleza en
la mentira; digo que no puede ser... y que no,
y que no. ¡Decencia porque se lleva una ropa
que llaman levita!... ¡Qué humanidad tan far-
sante! El pobre siempre debajo; el rico hace lo
que le da la gana. Yo soy rico... dí que soy in-
constante... La ilusión de lo pintoresco se iba
pasando. La grosería con gracia seduce algún
tiempo, después marea... Cada día me pesaba
más la carga que me había echado encima. El
picor del ajo me repugnaba. Deseé, puedes creer-
lo, que la *Pitusa* fuera mala para darle una pun-
tera... Pero, quiá... ni por esas... ¿Mala ella? á
buena parte... Si le mando echarse al fuego por
mí, ¡al fuego de cabeza! Todos los días jarana
en la casa. Hoy acababa en bien, mañana no...
Cantos, guitarreo... José Izquierdo, á quien lla-
man *Platón* porque comía en un plato como un
barreño, arrojaba chinitas al picador... Villalon-
ga y yo les echábamos á pelear ó les reconci-
liábamos cuando nos convenía... La *Pitusa* tem-

blaba de verlos alegres y de verlos enfurruña-
dos... ¿Sabes lo que se me ocurría? No volver á
aportar más por aquella maldita casa... Por fin
resolvimos Villalonga y yo largarnos con vien-
to fresco y no volver más. Una noche se armó
tal gresca, que hasta las navajas salieron, y por
poco nadamos todos en un lago de sangre... Me
parece que oigo aquellas finuras: «¡Indecente,
cabrón, *najabao, randa, murcia...*!» No era posi-
ble semejante vida. Dí que no. El hastío era ya
irresistible. La misma *Pitusa* me era odiosa,
como las palabras inmundas... Un día dije *vuel-
vo*, y no volví más... Lo que decía Villalonga:
cortar por lo sano... Yo tenía algo en mi con-
ciencia, un hilito que me tiraba hacia allá... Lo
corté... Fortunata me persiguió; tuve que ju-
gar al escondite. Ella por aquí, yo por allá... Yo
me escurría como una anguila. No me cogía,
no. El último á quien vi fué á Izquierdo; le en-
contré un día subiendo la escalera de mi casa.
Me amenazó; díjome que la *Pitusa* estaba *cam-
bri* de cinco meses... ¡*Cambri de cinco meses...*!
Alcé los hombros... Dos palabras él, dos palabras
yo... alargué este brazo, y plaf... Izquierdo bajó
de golpe un tramo entero... Otro estirón, y
plaf... de un brinco el segundo tramo... y con
la cabeza para abajo...

Esto último lo dijo enteramente descompues-
to. Continuaba sentado en el suelo, las piernas
extendidas, apoyado un brazo en el asiento de

la silla. Jacinta temblaba. Le había entrado mortal frío, y daba diente con diente. Permanecía en pie en medio de la habitación, como una estatua, contemplando la figura lastimosísima de su marido, sin atreverse á preguntarle nada ni á pedirle una aclaración sobre las extrañas cosas que revelaba.

—¡Por Dios y por tu madre!—dijo al fin, movida del cariño y del miedo;—no me cuentes más. Es preciso que te acuestes y procures dormir. Cállate ya.

—¡Que me calle!... ¡que me calle! ¡Ah! esposa mía, esposa adorada, ángel de mi salvación... Mesías mío... ¿Verdad que me perdonas?... dí que sí.

Se levantó de un salto y trató de andar... No podía. Dando una rápida vuelta fué á desplomarse sobre el sofá, poniéndose la mano sobre los ojos y diciendo con voz cavernosa: «¡Qué horrible pesadilla!» Jacinta fué hacia él, le echó los brazos al cuello y le arrulló como se arrulla á los niños cuando se les quiere dormir.

Vencido al cabo de su propia excitación, el cerebro del Delfín caía en estúpido embrutecimiento. Y sus nervios, que habían empezado á calmarse, luchaban con la sedación. De repente se movía, como si saltara algo en él y pronunciaba algunas sílabas. Pero la sedación vencía, y al fin se quedó profundamente dormido. A media noche pudo Jacinta con no poco trabajo

llevarle hasta la cama y acostarle. Cayó en el sueño como en un pozo, y su mujer pasó muy mala noche, atormentada por el desagradable recuerdo de lo que había visto y oído.

Al día siguiente Santa Cruz estaba como avergonzado. Tenía conciencia vaga de los disparates que había hecho la noche anterior, y su amor propio padecía horriblemente con la idea de haber estado ridículo. No se atrevía á hablar á su mujer de lo ocurrido, y ésta, que era la misma prudencia, además de no decir una palabra, mostrábase tan afable y cariñosa como de costumbre. Por último, no pudo mi hombre resistir el afán de explicarse, y preparando el terreno con un sin fin de zalamerías, le dijo:

—Chiquilla, es preciso que me perdones el mal rato que te di anoche... Debi ponerme muy pesadito... ¡Qué malo estaba! En mi vida me ha pasado otra igual. Cuéntame los disparates que te dije, porque yo no me acuerdo.

—¡Ay! fueron muchos; pero muchos... Gracias que no había más público que yo.

—Vamos, con franqueza... estuve inaguantable.

—Tú lo has dicho.

—Es que no sé... En mi vida, puedes creerlo, he cogido una turca como la que cogí anoche. El maldito inglés tuvo la culpa, y me la ha de pagar. ¡Dios mío, cómo me puse!... ¿Y qué dije, qué dije?... No hagas caso, vida mía, porque se-

guramente dije mil cosas que no son verdad. ¡Qué bochorno! ¿Estás enfadada? No, si no hay para qué...

—Cierto. Como estabas...

Jacinta no se atrevió á decir «borracho». La palabra horrible negábase á salir de su boca.

—Dilo, hija. Dí *ajumao*, que es más bonito y atenúa un poco la gravedad de la falta.

—Pues como estabas *ajumalto*, no eras responsable de lo que decías.

—Pero qué, ¿se me escapó alguna palabra que te pudiera ofender?

—No; sólo una media docena de voces elegantes, de las que usa la alta sociedad. No las entendí bien. Lo demás bien clarito estaba, demasiado clarito. Lloraste por tu *Pitusa* de tu alma, y te llamabas miserable por haberla abandonado. Créelo, te pusiste que no había por dónde cogerte.

—Vaya, hija, pues ahora con la cabeza despejada voy á decirte dos palabritas para que no me juzgues peor de lo que soy.

Se fueron de paseo por las Delicias abajo, y sentados en solitario banco, vueltos de cara al río, charlaron un rato. Jacinta se quería comer con los ojos á su marido, adivinándole las palabras antes de que las dijera, y confrontándolas con la expresión de los ojos á ver si eran sinceras. ¿Habló Juan con verdad? De todo hubo. Sus declaraciones eran una verdad refundida, como

las comedias antiguas. El amor propio no le permitía la reproducción fiel de los hechos. Pues señor... al volver de Plencia ya comprometido á casarse y enamorado de su novia, quiso saber qué vuelta llevó Fortunata, de quien no había tenido noticias en tanto tiempo. No le movía ningún sentimiento de ternura, sino la compasión y el deseo de socorrerla si la veía en un mal paso. *Platón* estaba fuera de Madrid y su mujer en el otro mundo. No se sabía tampoco adónde diantres había ido á parar el picador; pero Segunda había traspasado la huevería y tenía en la misma Cava, un poco más abajo, cerca ya de la escalerilla, una covacha á que daba el nombre de *establecimiento*. En aquella caverna habitaba y hacía el café que vendía por la mañana á la gente del mercado. Cuatro cacharros, dos sillas y una mesa componían el ajuar. En el resto del día prestaba servicios en la taberna del *pulpitillo*. Había venido tan á menos en lo físico y en lo económico, que á su antiguo tertulio le costó trabajo reconocerla.

«¿Y la otra?»... porque esto era lo que importaba.

VII

Santa Cruz tardó algún tiempo en dar la debida respuesta. Hacía rayas en el suelo con el bastón. Por fin se expresó así:

—Supe que en efecto había...

Jacinta tuvo la piedad de evitarle las últimas palabras de la oración, diciéndolas ella. Al Delfín se le quitó un peso de encima.

—Traté de verla..., la busqué por aquí y por allá... y nada... Pero qué; ¿no lo crees? Después no pude ocuparme de nada. Sobrevino la muerte de tu mamá. Transcurrió algún tiempo sin que yo pensara en semejante cosa, y no debo ocultarte que sentía cierto escozorcillo aquí, en la conciencia... Por Enero de este año, cuando me preparaba á hacer diligencias, una amiga de Segunda me dijo que la *Pitusa* se había marchado de Madrid. ¿Adónde? ¿Con quién? Ni entonces lo supe ni lo he sabido después. Y ahora te juro que no la he vuelto á ver más, ni he tenido noticias de ella.

La esposa dió un gran suspiro. No sabía por qué; pero tenía sobre su alma cierta pesadumbre, y en su rectitud tomaba para sí parte de la responsabilidad de su marido en aquella falta; porque falta había, sin duda. Jacinta no podía considerar de otro modo el hecho del abandono, aunque éste significara el triunfo del amor legítimo sobre el criminal, y del matrimonio sobre al amancebamiento... No podían entretenerse más en ociosas habladurías, porque pensaban irse á Cádiz aquella tarde y era preciso disponer el equipaje y comprar algunas chucherías. De cada población se habían de llevar á

Madrid regalitos para todos. Con la actividad propia de un día de viaje, las compras y algunas despedidas, se distrajeron tan bien ambos de aquellos desagradables pensamientos, que por la tarde ya éstos se habían desvanecido.

Hasta tres días después no volvió á rebullir en la mente de Jacinta el gusanillo aquel. Fué cosa repentina, provocada por no sé qué, por esas misteriosas iniciativas de la memoria que no sabemos de dónde salen. Se acuerda uno de las cosas contra toda lógica, y á veces el encadenamiento de las ideas es una extravagancia y hasta una ridiculez. ¿Quién creería que Jacinta se acordó de Fortunata al oír pregonar las *bocas de la Isla*? Porque dirá el curioso, y con razón, que qué tienen que ver las bocas con aquella mujer. Nada, absolutamente nada.

Volvían los esposos de Cádiz en el tren correo. No pensaban detenerse ya en ninguna parte, y llegarían á Madrid de un tirón. Iban muy gozosos, deseando ver á la familia, y darle á cada uno su regalo. Jacinta, aunque picada del gusanillo aquel, había resuelto no volver á hablar de tal asunto, dejándolo sepultado en la memoria, hasta que el tiempo lo borrara para siempre. Pero al llegar á la estación de Jerez, ocurrió algo que hizo revivir inesperadamente lo que ambos querían olvidar. Pues señor... de la cantina de la estación vieron salir al conde nado inglés de la noche de marras, el cual les

conoció al punto y fué á saludarles muy fino y galante, y á ofrecerles unas cañas. Cuando se vieron libres de él, Santa Cruz le echó mil pesetas, y dijo que algún día había de tener ocasión de darle el *par de galletas* que se tenía ganadas. «Este danzante tuvo la culpa de que yo me pusiera aquella noche como me puse y de que te contara aquellos horrores...»

Por aquí empezó á enredarse la conversación hasta recaer otra vez en el *punto negro*. Jacinta no quería que se le quedara en el alma una idea que tenía, y á la primera ocasión la echó fuera de sí.

—¡Pobres mujeres! —exclamó.—Siempre la peor parte para ellas.

—Hija mía, hay que juzgar las cosas con detenimiento, examinar las circunstancias... ver el medio ambiente...—dijo Santa Cruz preparando todos los chirimbolos de esa dialéctica convencional con la cual se prueba todo lo que se quiere.

Jacinta se dejó hacer caricias. No estaba enfadada. Pero en su espíritu ocurría un fenómeno muy nuevo para ella. Dos sentimientos diversos se barajaban en su alma, sobreponiéndose el uno al otro alternativamente. Como adoraba á su marido, sentíase orgullosa de que éste hubiese despreciado á otra para tomarla á ella. Este orgullo es primordial, y existirá siempre aun en los seres más perfectos. El otro sentimiento

procedía del fondo de rectitud que lastraba aquella noble alma, y le inspiraba una protesta contra el ultraje y despiadado abandono de la desconocida. Por más que el Delfin lo atenuase, había ultrajado á la humanidad. Jacinta no podía ocultárselo á sí misma. Los triunfos de su amor propio no le impedían ver que debajo del trofeo de su victoria había una víctima aplastada. Quizás la víctima merecía serlo; pero la vencedora no tenía nada que ver con que lo mereciera ó no, y en el altar de su alma le ponía á la tal víctima una lucecita de compasión.

Santa Cruz, en su perspicacia, lo comprendió, y trataba de librar á su esposa de la molestia de compadecer á quien sin duda no lo merecía. Para esto ponía en funciones toda la maquinaria, más brillante que sólida, de su raciocinio, aprendido en el comercio de las liviandades humanas y en someras lecturas. «Hija de mi alma, hay que ponerse en la realidad. Hay dos mundos, el que se ve y el que no se ve. La sociedad no se gobierna con las ideas puras. Buenos andaríamos... No soy tan culpable como parece á primera vista; fijate bien. Las diferencias de educación y de clase establecen siempre una gran diferencia de proceder en las relaciones humanas. Esto no lo dice el Decálogo; lo dice la realidad. La conducta social tiene sus leyes, que en ninguna parte están escritas; pero que se sienten y no se pueden conculcar. Faltas co-

metí, ¿quién lo duda? pero imagínate que hubiera seguido entre aquella gente, que *hubiera cumplido mis compromisos* con la *Pitusa*... No te quiero decir más. Veo que te ríes. Eso me prueba que hubiera sido un absurdo, una locura recorrer lo que, visto de allá, parecía el camino derecho. Visto de acá, ya es otro distinto. En cosas de moral, lo recto y lo torcido son según de donde se mire. No había, pues, más remedio que hacer lo que hice, y salvarme... Caiga el que caiga. El mundo es así. Debía yo salvarme, ¿sí o no? Pues debiendo salvarme, no había más remedio que lanzarme fuera del barco que se sumergía. En los naufragios siempre hay alguien que se ahoga... Y en el caso concreto del abandono, hay también mucho que hablar. Ciertas palabras no significan nada por sí. Hay que ver los hechos... Yo la busqué para socorrerla; ella no quiso parecer. Cada cual tiene su destino. El de ella era ese: no parecer cuando yo la buscaba.

Nadie diría que el hombre que de este modo razonaba, con arte tan sutil y paradójico, era el mismo que noches antes, bajo la influencia de una bebida espirituosa, había vaciado toda su alma con esa sinceridad brutal y disparada que sólo puede compararse al vómito físico, producido por un emético muy fuerte. Y después, cuando el despejo de su cerebro le hacía dueño de todas sus triquiñuelas de hombre leí-

do y mundano, no volvió á salir de sus labios ni un solo vocablo soez, ni una sola espontaneidad de aquellas que existían dentro de él, como existen los trapos de colorines en algún rincón de la casa del que ha sido cómico, aunque sólo lo haya sido de afición. Todo era convencionalismo y frase ingeniosa en aquel hombre que se había emperejilado intelectualmente, cortándose una levita para las ideas y planchándole los cuellos al lenguaje.

Jacinta, que aún tenía poco mundo, se dejaba alucinar por las dotes seductoras de su marido. Y le quería tanto, quizás por aquellas mismas dotes y por otras, que no necesitaba hacer ningún esfuerzo para creer cuanto le decía, si bien creía por fe, que es sentimiento, más que por convicción. Largo rato charlaron, mezclando las discusiones con los cariños discretos (por que en Sevilla entró gente en el coche y no había que pensar en la *besadera*), y cuando vino la noche sobre España, cuyo radio iban recorriendo, se durmieron allá por Despeñaperros, soñaron con lo mucho que se querían y despertaron al fin en Alcázar con la idea placentera de llegar pronto á Madrid, de ver á la familia, de contar todas las peripecias del viaje (menos la escenita de la noche aquella) y de repartir los regalos.

A Estupiñá le llevaban un bastón que tenía por puño la cabeza de una cotorra.